

CRÓNICAS Y BIOGRAFÍAS ALAVESAS POR D. EDUARDO VELASCO LÓPEZ CANO

Cumpliendo lo anunciado en nuestro número anterior, reproducimos hoy uno de los capítulos de la meritisima obra del expresidente de la Diputación de Alava y notable publicista Sr. Velasco.

Todos los capítulos son igualmente interesantes y sería trabajo no exento de dificultad señalar preferencias ó preelaciones entre los mismos.

Por esa razón encomendamos al azar la elección del capítulo que servirá para dar idea á los lectores de la grandísima importancia que para los estudios históricos de la provincia de Álava, encierra el nuevo libro del Sr. Velasco.

XI

El cólera del 66. — El 22 de Junio en Madrid. — Renovación de Ayuntamientos. — D. Francisco Juan de Ayala, alcalde. — Primer proyecto de traída de aguas á Vitoria. — Inauguración de la plaza del Mercado. — Exposición de Vitoria. — Cargos de Velasco en este período. — Granja de Larrabea. — Diputación de D. Pedro Egaña. — Proyectos de éste. Su reelección. — Juntas de Aramayona. — Revolución de Septiembre. — Junta de Vitoria. Nuevo Ayuntamiento. Universidad de Vitoria. — El Ateneo. — Prensa vitoriana. Principios de guerra civil. — «La Exploradora». — Academia alavesa de Ciencias de observación. — Tertulia literaria del 73. —

Contrastaron con las alegrías, agasajos y entusiasmos dinásticos que en las provincias vascongadas presencié la Corte, los sucesos que luego se desarrollaron en el interior del reino. La familia real se dirigió á la Granja, donde por Consejo ministerial permaneció larga temporada, mientras el cólera hacía estragos en Madrid. Circunstancia de que se valieron los partidos antidinásticos para divorciar á la Corte con el pueblo, que no compartía las desgracias y peligros con él. Y en el

mes de Enero (1866), la revolución asomó ya la cabeza con el movimiento iniciado por Prim.

Así fueron preparándose los hechos que produjeron la sublevación del 22 de Junio en Madrid, sofocada no sin sangre por O'Donnell, que después de salvar la dinastía hubo de alejarse del Poder, para dejarlo en manos de Narváez y González Bravo, quienes, entre otras medidas de represión, tomaron la de disolver todas las Diputaciones provinciales y Ayuntamientos, con cuyo motivo el de Vitoria, siguiendo la suerte de los demás, hizo dejación de sus cargos, y verificada nueva elección, entró á sucederle el que presidió D. Francisco Juan de Ayula, el cual, siguiendo la buena marcha emprendida por el anterior, continuó trabajando en el alumbramiento y conducción de aguas potables para la población, aunque con escasos resultados. En su tiempo fué presentado el primer proyecto de traída de aguas del Gorbea, por los Sres. Robert y Lopidana y después otro por el Sr. Bellsolá. Subvencionó las obras de seguridad y afianzamiento de la iglesia y torre de San Pedro que amenazaban ruina, obras ejecutadas con singular acierto por el ingeniero militar D. Joaquín de Echagüe, auxiliado de los arquitectos Sres. Iradier y Huero. Señaló línea á la nueva calle del Juego de Pelota, al construirse las casas de Angulo. Y en el mes de Abril (a. 1867), inauguró solemnemente la plaza de Mercado de Ganados, celebrando en ella una «Exposición vitoriana de Bellas Artes é Industria», bajo la iniciativa de la Junta Directiva de la Academia de Bellas Artes de esta ciudad, lo que constituyó un verdadero acontecimiento.

Durante una temporada. la espaciosa plaza se vió continuamente ocupada por numeroso público. Á ciertas horas del día, las dos bandas de Echavarría y Guereta amenizaban el paseo que se formaba allí, con lo que puede decirse que se hizo de moda, aquel sitio.

En el amplio cobertizo que se extendía en su costado norte, se veían multitud de objetos, artículos y productos de la industria vitoriana; trabajos de artistas y de *amateurs* que concurrían con el propósito de dar mayor realce y esplendor al certamen abierto á todas las clases del pueblo.

Obras de pintura, escultura y arquitectura, grabado, fotografía. caligrafía y dibujo de diverso género: orfebrería, ebanistería, carpintería, fundición de hierro, cordonería, sombrerería, curtidos, mármoles, jabones, bujías, conservas, armas, confituras etc., etc. Todo indígena,

todo vitoriano, todo producido dentro de la ciudad, que entonces vino á hacer un alarde de sus fuerzas, de su capacidad para el trabajo, de su aplicación, de su inteligente actividad y de su notable adelantamiento.

Otras exposiciones ha habido después dignas de elogio, y acaso superiores á ésta; pero ésta tuvo el mérito de improvisarse, de ser la primera, y de dar la medida de lo que, con preparación y recursos adecuados, podría hacer Vitoria en este terreno.

Por esto sin duda, Becerro de Bengoa la creyó digna de ser consignada en detalle en su «Libro de Álava», insertando en él su Catálogo completo, que constituye hoy un curioso documento.

Libre de las tareas municipales al salir del Ayuntamiento, D. Ladislao se entregó durante este período á los de fomento y progreso de la agricultura, entrando á formar parte de la Junta de la Escuela práctica ó Granja Modelo, para cuyo cargo le designó la Diputación en Marzo del 66 y lo desempeñó con el celo acostumbrado, mientras aquella Junta tuvo existencia y administró los asuntos del ramo en el benemérito Establecimiento.

La Diputación se encargó por entonces de editar y difundir la obra sobre «Fomento de la población rural», de D. Fermín Caballero, cuya propiedad le cedió generosamente el autor, y para cuya impresión facilitó toda clase de medios D. Sotero Mantelli, editándola en su casa, precedida de un prólogo de D. Eustaquio Fernández de Navarrete.

D. Tomás López de Arróyave, joven vitoriano que entonces estudiaba la ingeniería de Montes en Alemania, presentaba una Memoria sobre repoblación del arbolado, que la Diputación tomaba en consideración para su estudio y efectos procedentes.

D. Miguel Rodríguez Ferrer, que por los años 41 al 43 había venido á estas provincias para ser en ellas jefe político de Vizcaya y después de Álava, y que tal afición las cobró, que quiso afincarse en ellas y les dedicó los mejores escritos que trazó su acreditada pluma, proponía á las *Juntas generales* un ensayo de repoblación y cultivo en terrenos eriales del país, ensayo que él mismo realizó, levantando la granja de Larrabea.

Todo hacía concebir risueñas esperanzas acerca del porvenir, del resurgimiento de nuestra población rural y del progreso de nuestra clase agrícola.

Pero estábamos en 1867 y el porvenir era la revolución del 68, la

guerra civil, el desquiciamiento general, la despoblación de nuestro suelo, la pérdida de nuestras instituciones, la emigración, la ruina, la miseria.

Mientras el Diputado general D. Pedro de Egaña estudiaba y proponía los medios de restaurar y restablecer glorias y tradiciones alavesas como los Santuarios de Estíbaliz y de San Juan de Arriaga y la «Carta al Zadorra», y despertaba en los Procuradores á Juntas el amor a nuestros antiguos usos, y los sagrados recuerdos de nuestra historia, llegaron las Juntas generales de Provincia del mes de Noviembre y en ellas fueron reelegidos el Diputado general y su Teniente.

Protestaron la reelección por ser contrafuero los Procuradores por la Hermandad de Vitoria. Pusiéronse luego á su lado las de otras once Hermandades, y estalló el conflicto entre la Diputación y el Ayuntamiento de Vitoria, dando origen á una discordia que dividió el pueblo en dos parcialidades, amiga la una de Egaña y defensora de su elección, y adversaria la otra de la elección y de la persona elegida.

Como tal elección la había hecho la Provincia y no había sobre ella otra autoridad que la del Gobierno, á él acudieron los protestantes con el pleito, que ganaron, después de varias vicisitudes y peripecias.

Estos sucesos dieron motivo á la aparición en Vitoria de un periódico titulado *El Fuerista*, que veía la luz los miércoles y sábados, y vivió desde Diciembre de aquel año, hasta fines del siguiente. Pertenecía su redacción al bando antireeleccionista y sostenía y alentaba la opinión del vecindario contra la fracción egañista, que por su parte trabajaba en Madrid la causa de su candidato, consultándola con ilustres jurisconsultos como Aparicio-Guijarro y Cortina, quienes emitieron largos y luminosos informes, demostrando la validez de la reelección protestada.

El Consejo de Estado no fué de la misma opinión y previo su dictamen se dió la Real Orden de 1.º de Mayo, anulando la elección de Noviembre y disponiendo se verificara otra nueva con arreglo al fuero.

En las Juntas de Aramayona, celebradas este mismo mes de Mayo y presididas por el Procurador de Vitoria D. Domingo de Aragón, fué electo diputado general D. Francisco de Mendieta.

En el mes de Septiembre siguiente triunfaba la revolución; se constituía en Madrid la Junta Central, y reunidos en la Casa Consistorial de Vitoria los más caracterizados vecinos, propietarios, industriales y

comerciantes, se nombraba una Junta que, en unión con el Ayuntamiento, cuidase de mantener el orden. D. Ladislao Velasco formó parte de esa Junta con los Sres. D. Vidal Arrieta, D. Luis Ajuria, D. Juan Galíndez y D. Juan Herrero, hasta que en el mes de Octubre inmediato se procedió á elegir nuevo Ayuntamiento, que presidieron el marqués de Legarda, primero, y después el conde de Salazar, no durando su gestión más que hasta el 31 de Diciembre. En esta fecha el sufragio universal llevó á la Casa de la ciudad á los Sres. D. Pedro Ortiz de Zárate, D. Sergio Sarralde, D. Pablo Rotaeché, barón de Rada, D. Juan León de Gamiz, D. Vicente Junguitu, D. Ramón Maturana, D. José Echavarría, D. Cesáreo Ciriano, D. Norberto Arraya, D. Felipe Gárate, D. Lutgardo Osaba, D. Pedro Ormijana y algún otro. Tampoco este Ayuntamiento, que presidió D. Pedro O. de Zárate, duró más que hasta el mes de Junio, en que cesó en sus funciones, después de haber ofrecido su dimisión por no conformarse con lo existente. Le sucedió otro nombrado por la Autoridad superior política, y lo presidieron sucesivamente D. Antonio Allué, el conde de Salazar, D. Felipe García Fresca y D. Domingo de Aragón. La inestabilidad de las cosas en este azaroso periodo se reflejaba en la vida de las Corporaciones.

En medio de esta inestabilidad y de este desasosiego que no permitía prever los sucesos del día siguiente, el Ayuntamiento de Vitoria, de acuerdo con la Diputación, trató de aprovechar la libertad concedida á la enseñanza para fundar una Universidad en nuestra población.

No hacía mucho tiempo que en Juntas generales de Álava, se había examinado un proyecto y proposición de la Diputación de Navarra, interesando la creación de una Universidad Vasco-Navarra, que, de prosperar, hubiera, probablemente, llevado aquel Establecimiento docente á Pamplona. Estando este asunto en estudio, sobrevino la revolución, bajo cuyo régimen pudieron crear y sostener Universidades todas las Diputaciones y Ayuntamientos que así lo tuvieron por conveniente.

Era nuestra capital centro adecuado para ello. La vida intelectual y literaria tenía en ella honrosa representación en el Instituto, Seminario, Escuela Normal, Academia de Bellas Artes, Ateneo, etc.

Esta última institución databa de Febrero de 1866, en que los ilustrados catedráticos D. Cristóbal Vidal, D. Antonio Pombo y don Eduardo Orodea, propusieron la idea de establecerla, *con el objeto de*

promover y propagar los estudios científicos y literarios. Consiguieron reunir suficiente número de personas para constituir la sociedad, de la que fué primer presidente D. Jerónimo Roure, vicepresidentes D. Marcial del Busto y D. Miguel Martínez Ballesteros, tesorero D. Vidal Urrestarazu y secretario D. Eduardo Orodea.

Prometíanse excelentes resultados de la naciente sociedad, para las Ciencias, las Letras, la Agricultura, las Artes y la Industria, según frases del conocido escritor Seco y Shelly, pronunciadas en la primera reunión que celebró la Junta.

Instalado el Ateneo en la planta baja de la gran casa de Aragón, en las Cercas Altas, celebró la solemne apertura de sus sesiones el 20 de Abril, bajo la presidencia del gobernador civil D. Benito M.^a de Vivanco, teniendo á su derecha al alcalde de Vitoria D. Ladislao de Velasco y á la izquierda al presidente de la sociedad D. Jerónimo Roure, sentándose en el estrado toda la Junta directiva y las secciones.

Á la solemnidad de esta apertura correspondió la animación de los cursos y de las conferencias que se siguieron en la docta sociedad, animación que creció con la discusión de temas públicamente sostenida entre los socios, en cuya labor se distinguieron muchos de éstos por sus conocimientos científicos y dotes oratorias.

Cultiváronse en esta escuela todos los ramos de la Ciencia y de la Literatura; Antropología, Física, Química, Historia Natural, Historia Universal y de España, Arqueología, Ingeniería, Agricultura, etc., etc., fueron explicadas en su cátedra, en la que se sentaron multitud de profesores, cuyos nombres sería difícil recordar y enumerar de primera intención en estas páginas.

Distinguíéronse entre ellos los fundadores por su constancia en el trabajo y su asiduidad en las Conferencias: Roure, Vidal, Pombo y Orodea, mantuvieron el fuego sagrado en aquella tribuna abierta á todos los amantes del saber, en la que hicieron sus primeras armas jóvenes que después brillaron en las cátedras de Institutos y Universidades, y en el ejercicio de profesiones diversas. Allí explicó el joven doctor D. Julián Apraiz, interesantísimos cursos de preceptiva é historia literarias; D. Ricardo Becerro, de historia de Álava; D. Emilio Legorburu, de astronomía popular; D. Mariano Lorente, de mecánica industrial; D. Ricardo Fernández de Arellano, de mineralogía y química; D. Gonzalo Piñana, de economía política, D. Pablo Bausac, sobre el arte del dibujo; D. Melchor de Álava, de química orgánica;

D. Félix Eseverri, de astronomía; y otros muchos más, en este primer período, durante el cual se plantearon también interesantes temas de discusión, en los que tomaron parte muchos profesores y aficionados. Dióse una gran libertad y expansión á la exposición de ideas, á fin de que la controversia fuese animada, y movidas las sesiones. Lo que se consiguió á tal extremo, que las opiniones sustentadas dentro de la sala del Ateneo, comenzaron á transcender al público y á la prensa local, alguno de cuyos órganos se encargó de comentar y subrayar los discursos pronunciados por los ateneistas, censurando y satirizando aquellos con cuyo sentido no estaban conformes, y defendiendo y alabando otros que interpretaban mejor sus respectivas aspiraciones. En esto se distinguió un semanario titulado *El Estudiante*, en el que un redactor que se firmaba «Jorobeta et Escribidor», ponía como no digan dueñas á los más conspicuos oradores del Ateneo que se distinguían por lo avanzado de sus opiniones. Defendiólos *El Porvenir Alavés* y después *El Norte de España*, periódicos en que colaboraban muchos de los ateneistas aludidos.

Ninguno de estos periódicos era diario, publicábanse dos ó tres veces á la semana; pero participaban ya del carácter de los diarios, á diferencia de las antiguas publicaciones *El Lirio* y *La Revista Vascongada* de que ya hemos hecho mención. Contenían artículos de fondo doctrinales, misceláneas, gacetillas, poesías cortas y noticias locales y generales. Comenzaron á publicarse aquí ese género de periódicos hacia el año 1863, en que los Sres. D. Daniel R. de Arrese, don Plácido de Santa Cruz y D. Lorenzo Campano, redactaron *El Alavés*: siguió á éste como continuación del mismo, *El Nuevo Alavés*, principalmente sostenido por D. Miguel Rodríguez Ferrer, que redactaba en él por los años 1864 y después de haberse suspendido su publicación la continuaron con el nombre de *El Porvenir Alavés*, don Daniel R. de Arrese y D. Ricardo Becerro hasta 1867, en cuyo tiempo apareció *El Fuerista* y más tarde *El Norte de España*, que era el que á la sazón se estaba publicando, perteneciendo á su redacción los Sres. Orodea, la Hidalga, Vidal, Arrese y Becerro.

(Concluirá.)

CRÓNICAS Y BIOGRAFÍAS ALAVESAS, POR D. EDUARDO VELASCO LÓPEZ CANO

(Continuación.)

Publicábase también por este tiempo el *Semanario Católico Vasco-Navarro*, fundado y dirigido por el eximio orador sagrado D. Vicente Manterola, revista literaria que publicó notables artículos y poesías.

Y finalmente, el Sr. Iturzaeta publicaba *La Unión Vasco-Navarra*.

Mencionamos estos datos porque ellos dan idea del desenvolvimiento de las letras y de la cultura en nuestra ciudad durante este periodo. En el transcurso del mismo, aparecieron y desaparecieron como fugaces meteoros muchos periodiquitos, casi todos satíricos ó con pretensiones de serlo, escritos en una textura tal, que hacía imposible su publicación por mucho tiempo: *La Trompeta*, *La Guindilla* y otros semejantes eran sus títulos.

Al establecerse en Vitoria la Universidad en 1.º de Octubre de 1869, los elementos de vida de la ciudad se aumentaron, como es consiguiente. Vinieron á formar parte del nuevo claustro, sabios académicos como D. Carlos Ramón Fort; hombres de conocimientos enciclopédicos, como D. Matías Barrio y Mier; civilistas, como D. Pedro Berta; canonistas, como D. Pedro Alonso Armiño, y profesores tan distinguidos y competentes en los diversos ramos del saber, como D. Ramón Escalada, D. José María Prado, D. José Guerrero, D. Luis Ortiz de Zárate, D. José Muro, D. Fernando Cabeza de Vaca, D. Angel Álvarez Taladrid, D. Julián Apraiz, D. Daniel R. de Arrese, D. Fernando de Casas, D. Sebastián de Abreu, D. Alejo Yagüe, D. U. Alonso, D. Mariano Rementeria, D. Antonio Fernández García, D. Julián López Correa.

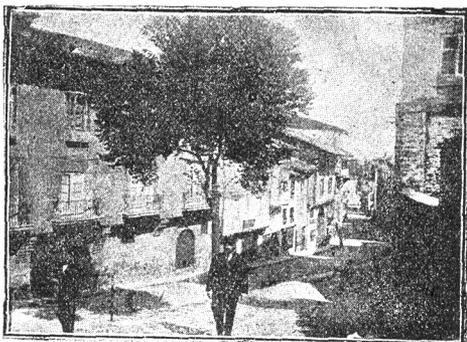
Inauguróse el nuevo establecimiento docente con gran solemnidad, que presidieron las Autoridades y el Claustro de profesores, oficiando

de Rector en comisión, el ilustre letrado y patricio alavés D. Mateo Benigno de Moraza, que en este acto leyó un magnífico discurso evocando recuerdos y glorias literarias de Álava, y ponderando los beneficios que á la ciudad y al país había de proporcionar un instituto tan importante. Y comparando tiempos y circunstancias, decía: «Al penetrar en este recinto, el aire purísimo del saber no trasmite afortunadamente á nuestros oídos, ni el estruendo de las armas, ni los gritos de guerras y exterminio, que con dolor intenso percibíamos en otra ocasión en que saludamos á estas mismas ciencias.» Aludía á la antigua Universidad de Oñate, refugiada en Vitoria por causa de la guerra civil en 1835. Entonces otro vascongado ilustre, D. Valentín de Olano, se condolía «de la impía guerra que regaba en sangre nuestros campos», al mismo tiempo que «saludaba á las ciencias fugitivas que se acogían á nuestros muros».

Y estábamos en vísperas de otra guerra civil. La primera nos trajo una Universidad; la segunda fué causa muy principal de que perdiéramos esta otra, nacida al calor de patrióticos estímulos y con tanto entusiasmo inaugurada.

Como si fuese sino fatal de nuestro pueblo el que las ciencias y las letras se hubiesen de encontrar en su camino con el choque y estruendo de las armas.

Con la existencia de la Universidad, el Ateneo cobró nuevos alientos; algunos de los profesores de aquélla ocuparon la cátedra del segundo, é intervinieron con su autorizada palabra en las discusiones científicas y literarias, que llegaron á alcanzar grandes vuelos. Los alumnos del Instituto y Universidad, acudían á las sesiones con mayor gusto é interés que á las funciones del teatro. No faltaban tampoco alumnos externos del Seminario Eclesiástico. Y unos y otros se apasionaban por las doctrinas y principios sustentados, y por los oradores que los mantenían, según la inclinación de su temperamento, de su carácter, de su educación y particulares circunstancias.



VITORIA.—PORTAL DE ARRIAGA

En el Instituto y en la Universidad se formaron academias de jóvenes en las que éstos explicaban cursos, discutían temas, celebraban veladas literarias y se dedicaban con verdadero placer y entusiasmo al cultivo de las Letras y de las Ciencias.

Todo ello contribuyó á que la educación de nuestra juventud escolar ofreciese ciertas semejanzas con la de los estudiantes que pueblan las Universidades alemanas.

La libertad de enseñanza proclamada por la revolución, se interpretó y practicó aquí de tal suerte, que, sin notarse ninguno de sus inconvenientes, se experimentaron todas sus ventajas.

Entonces un erudito escritor, que no recordamos si fué D. Miguel Rodríguez Ferrer ó D. Sotero Manteli, calificó á nuestra ciudad de *Atenas del Norte*. Y acaso entonces esta calificación no era hiperbólica.

¡Lástima grande fué que esta dirección del espíritu hacia la noble controversia científica y hacia el ideal de la cultura filosófica y literaria, se trocase al poco tiempo en apasionado sentir de rencores políticos, y en ciego porfiar de voluntades obstinadas y contrarias!

Demostróse que Vitoria era un centro escolar de incomparables condiciones. Que su Universidad podía aspirar á ser una de las primeras en cuanto á conveniencias de educación y de enseñanza.

Y demostrado esto, cerróse la Universidad, despoblóse el Instituto, sonó el cornetín de órdenes, y los ciudadanos corrieron á tomar las armas, á formar compañías y batallones, y á convertir la ciudad en campamento y las aulas en cuerpos de guardia.

Las del Ateneo continuaron abiertas, con menos público, pero no con menos entusiasmo por parte de sus antiguos sostenedores, quienes desde Abril de 1870 publicaban una revista quincenal, órgano de esta Sociedad, y con su mismo título, en la que D. Daniel R. de Arrese escribióla historia y vicisitudes de aquel centro, otros doctos profesores insertaron sus respectivas conferencias, y muchos más colaboraron escribiendo sobre materias diversas y haciendo de esta publicación un periódico notable de Artes, Ciencias y Literatura. En Junio de 1874 suspendió su publicación, no pudiendo por entonces sostenerse en las condiciones que venía haciéndolo desde su aparición. Renovóse ésta en Abril del 75, continuando sin interrupción hasta Junio del 78, fecha en que se encargó de la crónica y de la representación de *El Ateneo* la *Revista de las Provincias Euskaras*, fundada

por D. Fermín Herrán en Abril del mismo año, siendo órgano de la Sociedad hasta fin de 1879, en que *El Ateneo* volvió á redactar y publicar su antigua revista, cuyo último número apareció en 30 de Junio de 1884 y viene á formar una colección de nueve tomos, el primero de ellos en 4.º y los otros en 8.º. Colección curiosísima y sin disputa la más notable que en este género ha visto la luz en nuestro país, si se exceptúan algunas que, como la EUSKAL-ERRIA, de San Sebastián, han conseguido llegar á ser verdaderas instituciones.

Publicóse también por este tiempo (1868-69), el semanario humorístico *El Mentirón*, que redactaba é ilustraba con graciosas caricaturas «Recaredo Bay» (Ricardo Becerro), en el que su redactor, director, editor y dibujante (todo en una pieza) hacía reir todas las semanas al buen vecindario de Vitoria, con las chistosas ocurrencias que hicieron célebre al inimitable autor de las «Historias increíbles».

Al ausentarse de Vitoria este gran vitoriano, para tomar posesión de la cátedra de Física del Instituto de Palencia, vino á nuestra ciudad á desempeñar igual cátedra en este Instituto, D. Enrique Serrano Fatigati, contrincante que había sido del primero en las oposiciones verificadas para la provisión de ambas cátedras. Los dos contrincantes eran dignos uno de otro, como lo prueban los progresos de ambos, que distinguiéndose notablemente en su carrera y aun más en la de la política y las Letras, llegaron á los Institutos de Madrid siendo todavía jóvenes, y se sentaron como diputados y como senadores en los escaños de las dos Cámaras.

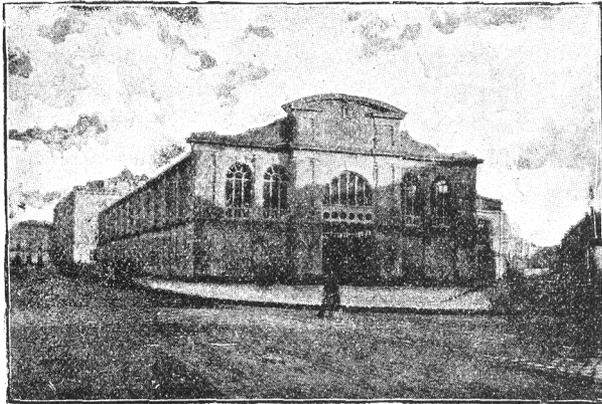
Apenas instalado en su cátedra el Sr. Serrano Fatigati, demostró sus aficiones de sabio y su celo propagandista, rodeándose de algunos alumnos del Instituto que se habían distinguido por su amor al estudio y por sus generosas iniciativas fundando una academia y dedicándose además durante el período de vacaciones á exploraciones científicas. En la Memoria que acerca del estado del Instituto provincial de 2.ª enseñanza de Vitoria, leyó su director D. Cristóbal Vidal, al inaugurarse el curso de 1870 á 1871, se lee este párrafo:

«Es también digna de elogio y debe figurar en esta Memoria, porque redundan en bien de la Enseñanza y en honra de los profesores que tan decidida afición al estudio saben inspirar en sus discípulos, la expedición científica que durante los meses de vacaciones han verificado los alumnos D. Cesáreo Martínez: D. Manuel Iradier, D. Ramón López de Vicuña, D. Eduardo Velasco, D. Esteban Urquiola, D. Pe-

dro Ramón Vicuña, D. Benito Guinea y D. Felipe Unzalu, con el objeto de estudiar prácticamente la posición geográfica y las producciones naturales de la provincia de Alava. Sólo el hecho de emprender una expedición con tan laudables fines, es meritorio y honroso; y no dudén los inteligentes expedicionarios que gustosos aceptamos el fino ofrecimiento que de sus adquisiciones han hecho al Instituto y que la Memoria que están redactando y las colecciones de insectos, moluscos y plantas, que con esmerada clasificación han formado, ocuparán un lugar preferente en la biblioteca y en los gabinetes del Establecimiento, para que siempre sirvan de recuerdo querido á los profesores, y de emulación y estímulo a los alumnos de esta Escuela.»

Pues á esta asociación de jóvenes que cursaban el último año del Bachillerato, asociación que llamaron «La Exploradora», se dirigió el

Sr. Serrano Fatigati con el propósito de dar mayor vuelo y amplitud á sus estudios y trabajos, fundando la «Academia Alavesa de Ciencias de Observación», en cuyo instituto cabía el cultivo de todas, absolutamente



VITORIA.— PLAZA DE ABASTOS

mente todas las ciencias, porque, como decía D. Enrique, todas son objeto de observación y mediante ésta se desarrollan, progresan y perfeccionan todas ellas.

Institución era ésta que, debidamente atendida y fomentada, pudo llegar á ser un centro importantísimo en nuestra ciudad, donde aun se echa de menos un «Museo provincial» que encierre las curiosidades artísticas y naturales de Alava. La Diputación foral le prestó su apoyo, subvencionándole con una cantidad para gastos de conservación y concediéndole un local en el edificio del Instituto.

(Concluirá.)

CRÓNICAS Y BIOGRAFÍAS ALAVESAS, POR D. EDUARDO VELASCO LÓPEZ CANO

(Conclusión.)

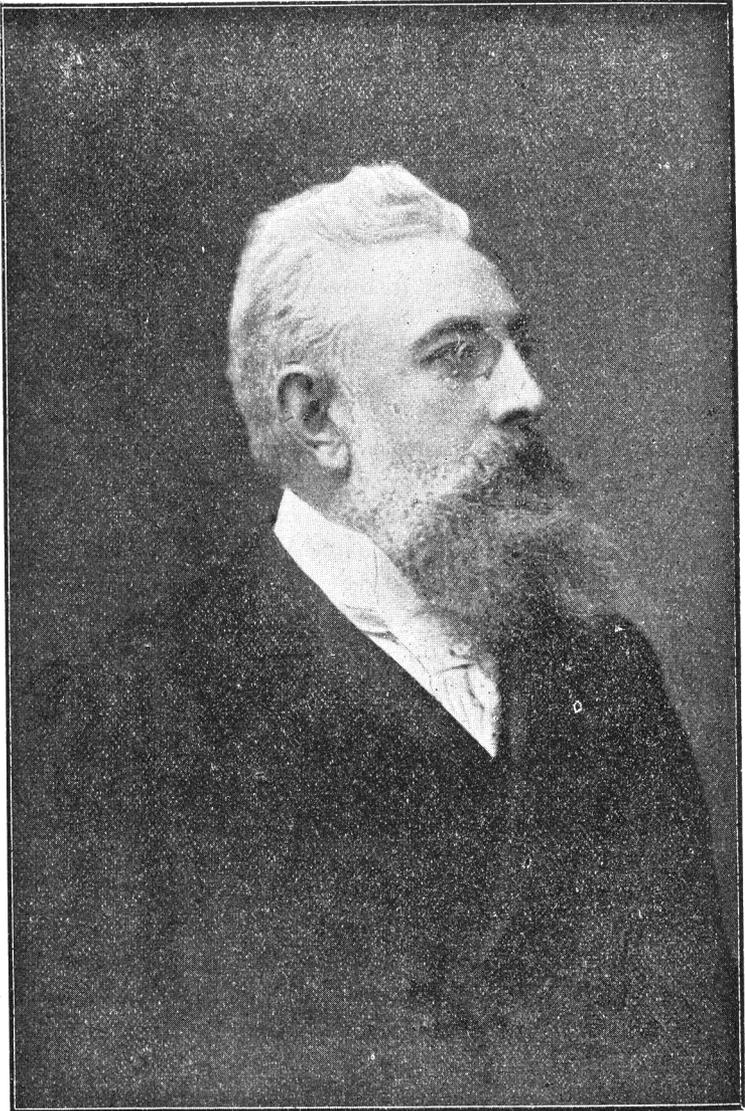
En 1875 se publicó una Memoria de esta sociedad, en la que su secretario general, D. Fermín Herrán, consignaba á grandes rasgos la historia de la misma, y se insertaba á continuación su reglamento y la lista de académicos de número y mérito, honorarios y de mérito. Eran de los primeros por el orden de antigüedad, D. Cesáreo Martínez, D. Esteban Urquiola, D. Eduardo Velasco, D. Ramón López de Vicuña, D. Enrique Irabien, D. Federico Baraibar, D. Aniceto Llorente, D. Francisco Aracama, D. Fermín Herrán, D. Guillermo Montoya, D. Joaquín Herrán, D. Roque Fernández de Gamboa, D. Joaquín Echenique, D. Pedro Larrinoa, D. Juan Gallego, D. Julián Apraiz y D. José María de Zavala.

Honorarios, el Marqués de Urquijo, D. Manuel de Ciórraga, don Francisco Juan de Ayala y D. Ramón Ortés de Velasco.

De mérito, D. Ladislao de Velasco, D. Antonio Pombo, D. Cristóbal Vidal, D. Nicasio Lacalle, D. Daniel Ramón de Arrese, D. Ricardo Becerro, D. Jerónimo Roure, D. Francisco Berroeta, D. Francisco M.^a Tubino y D. Juan Vilanova.

Fueron después nombrados: Director, D. Fermín Herrán; Secretario general, D. Eduardo Velasco; Censor de Ciencias exactas, físicas y naturales, D. Julián Apraiz; Censor de Ciencias geográfico-históricas, D. Joaquín Herrán; Conservador, D. Cesáreo Martínez; Presidente de la Sección de Ciencias exactas, etc., D. Roque Fernández de Gamboa; Secretario de la misma, D. Esteban Urquiola; Presidente de la de Ciencias geográfico-históricas, D. Federico Baraibar; Secretario, don Guillermo Montoya.

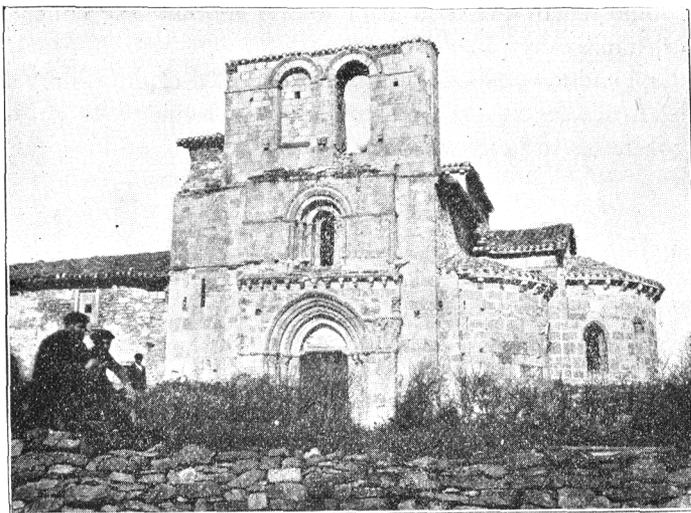
Contaba además con socios corresponsales en diversos pueblos de



D. RICARDO BECERRO DE BENGOA

la provincia, que suministraban interesantes datos y noticias acerca de sus respectivas comarcas, y á las veces remitían objetos dignos de ser estudiados y coleccionados, como minerales, fósiles, monedas antiguas, etc., etc.

Esta Sociedad, que por su índole requería una asidua actividad y



ESTÍBALIZ.—FACHADA

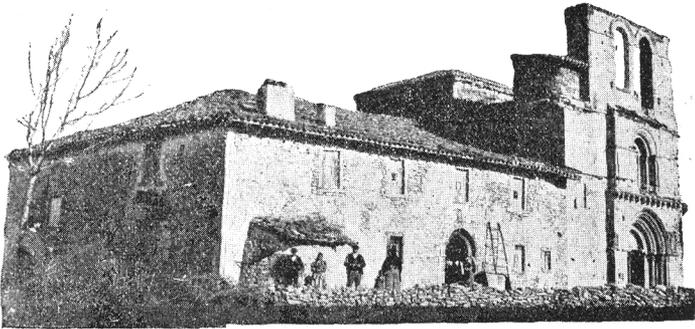
un trabajo constante por parte de su Junta, dejó de funcionar por causa de los azares de la guerra.

Lástima fué que al restablecerse la paz no reanudase con igual empeño, sus primitivas tareas.

Varios de sus socios, fundadores de «La Exploradora», continuaron entretanto otros trabajos dirigidos por D. Manuel Iradier, que á los dieciocho años era una autoridad en ciencias geográficas. Los planes de Iradier no se circunscribían ya á la exploración y estudio de nuestro país. En 1860 expuso á sus compañeros un plan de exploración de las *regiones desconocidas de África*. En 1870 sometió á su estudio un itinerario de viaje desde el *Cabo de Buena Esperanza á Trípoli*. Proponíase organizar una expedición al *misterioso continente*, con la misma sencillez y naturalidad que si se tratase de recorrer un territorio cualquiera de nuestra península. Su febril entusiasmo se transmitía

á cuantos le rodeaban, y siempre bajo su dirección se constituyó una comisión científica compuesta de D. Esteban Urquiola, D. Enrique Irabien, D. Jorge Crespo, D. Ramón López de Vicuña, D. Mariano Orcajo, D. Cesáreo Martínez, D. Eduardo Ureta, D. Manuel Arana, D. Dario Ruiz de Durana, D. Cesáreo Saez de Balmaseda, D. Eduardo Velasco, D. Francisco Zubillaga y D. Eusebio Sobrón y Suso; todos jóvenes, como tenían que serlo para pensar en empresa semejante y abrigar esperanzas de realizarla.

«La Exploradora», asociación Euskara para la exploración y civilización del África central, se dió á conocer públicamente en la Memoria que con fecha 30 de Noviembre de 1870 redactaron los Sres. Ira-



ESTÍBALIZ.—VISTA LATERAL

dier é Irabien, acompañada de un proyecto de expedición, documentos ambos remitidos á la Exposición de Viena, que por entonces se celebró.

Desde esa fecha hasta fines de Diciembre de 1874, la mayor parte de los jóvenes que formaban esta asociación, compartieron el tiempo entre los estudios de diferentes carreras que cursaban en la Universidad de Vitoria, las tareas á que aquella asociación les obligaba, las conferencias que en reducido círculo celebraban sobre diversos temas y materias varias, y el servicio de guardias y retenes que, como voluntarios, en defensa de la ciudad prestaban.

En este lapso de tiempo, no obstante las dificultades que el estado de guerra oponía al desenvolvimiento normal de la vida en nuestro pueblo, se creó en este año (1873), la «Academia Cervántica Española», por iniciativa de D. Fermín Herrán, tan entusiasta por la literatura, como Iradier por las exploraciones geográficas.

Y así como alrededor de este último se agruparon los amantes de las ciencias físicas y naturales, de los viajes y de los descubrimientos geográficos, en torno del primero se reunieron los aficionados á las buenas letras, á la poesía y á la crítica literaria. Algunos formaron en ambas agrupaciones, y todos confraternizaron como amigos que eran de la ilustración y del saber en todos sus órdenes, ramificaciones y formas varias.

Celebráronse entonces animadas reuniones en la casa del Sr. Herrán, donde se estableció la «Tertulia literaria del setenta y tres», llamada así porque comenzó en este año y era este el numero de la casa de Herrán (antes de Landázuri), en la calle de Herrería.

Allí se reunían los miércoles de cada semana, muchos vitorianos, alguno que otro forastero, residente ó de paso en nuestra ciudad y distinguidos militares que, como Ercilla y Garcilaso, sabían hermanar el cultivo de las letras, con el ejercicio de las armas.

Se disertaba, se discutía, se leían artículos y poesías originales de los contertulios, trozos de autores ilustres, críticas literarias, y se sazónaba todo con sabrosos comentarios, no faltando, á última hora, su sección de cuentos y anécdotas.

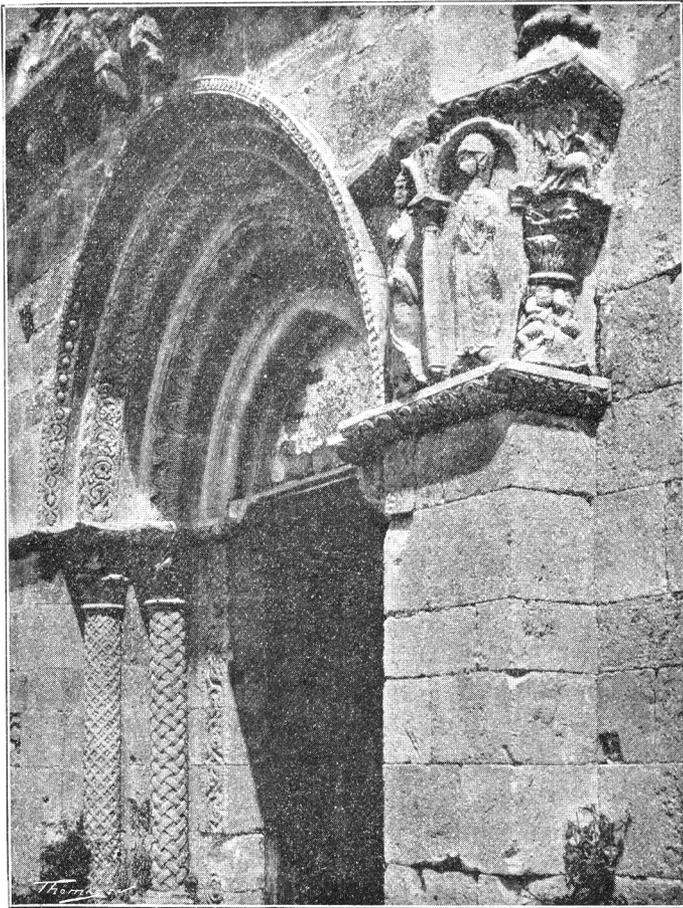
D. Antonio Pombo, D. Félix Eseverri, D. Julián Apraiz, D. Marcial Martínez, D. Daniel Arrese, D. Cristóbal Vidal, D. Antolín Burrieza y otros ilustrados catedráticos, alternaban con escolares como D. Federico Baraibar, D. Ramón L. de Vicuña, D. Manuel Iradier, D. Enrique Irabien, D. Pedro Larrinoa, D. Francisco Aracama, D. Guillermo Montoya, con militares literatos como D. Mariano Capdepont, D. E. Mariátegui, D. R. Navaro, con escritores, periodistas, médicos, abogados, ingenieros, etc., que de todo había en la reunión.

Redactaban entre todos un periódico autógrafo en el que cada cual insertaba aquellos escritos que su capricho le dictaba, formando todos estos autógrafos una colección curiosa.

Como Fermín Herrán no podía vivir sin escribir, editar, dirigir y publicar algo, su casa era una casa editorial, una redacción, abierta á todas horas á los aficionados á la prensa, con vocación de escritores y publicistas.

Allí se veía constantemente á Julián Arbulo, el popular poeta que inundó á Vitoria de versos, sostuvo durante algún tiempo el semanario *Periquito entre ellas*, y escribió poemas, entremeses, zarzuelas,

romances, sátiras, epitalamios, elegías, epigramas, en número incalculable, porque Arbulo era un verdadero fabricante de poesías, y las hacía con extraordinaria facilidad en todo género de metros y á toda



ESTÍBALIZ.—ARCO DE ENTRADA

clase de asuntos, según la *necesidad* y las circunstancias. Verdadero bohemio de las letras, vivió toda su vida desde que tenía quince años, de la *vaga* literatura.

Allí se encontraba también á José de Roure que, todavía un niño,

escribía poesías y cuentos elogiados por Trueba, que fué uno de sus maestros.

El ingeniero D. José y el artista letrado y escritor D. Joaquín Herrán, estaban allí, en su caca, y con D. Fermín hacían los honores de ella.

Abundaban en aquel despacho las publicaciones periódicas, libros, folletos y revistas que cambiaban con los publicados por Herrán ó le eran remitidos en concepto de colaborador, corresponsal, ó revisor de críticas.

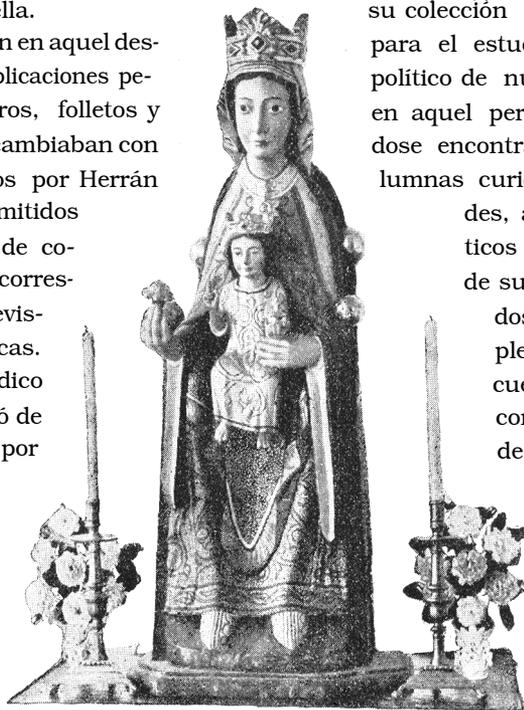
El periódico que más vivió de los fundados por Herrán en Vitoria, fué *El Porvenir Alavés*, «político-fuerista, científico-literario y de intereses materiales y

locales», que salía cuatro veces al mes y comenzó á publicarse en Septiembre de 1871, durando hasta 1876-77. Formaron su primera redacción con el director Herrán, los jóvenes D. Enrique López y Funes, D. Bernardo Acha, D. To-

ribio Llorente, D. Guillermo Montoya y D. Eduardo Velasco. Durante los azarosos días por que atravesó su publicación, se desarrollaron los más notables episodios de la guerra civil y de la política española. Así es que su colección ofrece interés para el estudio histórico-político de nuestra ciudad en aquel período, pudiéndose encontrar en sus columnas curiosas efemérides, artículos políticos y relaciones de sucesos, olvidados ya por completo, y cuyo recuerdo hubiera convenido más de una vez tener presente.

Los primeros se tiraron en la imprenta de Iturbe. Después se trasladó su publicación á la casa de

Manteli, cuyos talleres tipográficos regentaba D. Raimundo Ibañez de Betolaza, y en donde se imprimían los libros del «Centro Literario Vascongado», fundado por los Sres. D. Francisco Juan de Ayalt, D. Sotero Manteli y don



ESTÍBALIZ.—IMAGEN VENERADA

Manteli, cuyos talleres tipográficos regentaba D. Raimundo Ibañez de Betolaza, y en donde se imprimían los libros del «Centro Literario Vascongado», fundado por los Sres. D. Francisco Juan de Ayalt, D. Sotero Manteli y don

Ricardo Becerro. En aquellos locales de la calle de Postas, donde hoy tiene su establecimiento el Sr. Larrañaga y donde estuvo también la acreditada librería de Robles, se reunían por las mañanas los redactores y colaboradores del *Porvenir*, y algunos amigos de éstos y del propietario de la casa D. Sotero, cuyo bondadoso carácter y amena conversación, prestaban mayor atractivo á estas reuniones. Las impresiones, sentimientos, ideas y opiniones, manifestados entre los concurrentes acerca de la guerra, de la política y de los sucesos del día, se reflejaban luego en las columnas del periódico; en las cuales se inició la defensa de los Fueros, mucho antes de concluirse la campaña y de hacerse ostensibles las intenciones del Parlamento y del Gobierno acerca de nuestras instituciones. Porque respecto de ello bien comprendían los redactores y muchos que no lo eran, la suerte probable que al fin de aquella sangrienta contienda al país le estaba reservado.

